Susy Delgado

La Rebelión de Papel

CUADERNOS MEDITERRANEOS

La Rebelión de Papel

Susy Delgado

EDICIONES COLIHUE MIMBIPA

ARANDURA EDITORIAL

© Susy Delgado
© Arandurã
Tte. Fariña 1074 c/ Brasil
Telefax: 214 295

© Ediciones Colihue Mimbipa
Tte. Fariña 941 c/ Parapití
Telefax: 447 286

Diseño de tapa: Cecilia Rivarola

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Indice

1. *Buscar el agujero* 13
2. *Es la noche de un viernes* 15
3. *Este verde tan verde* 18
4. *Trabajar en un diario* 20
5. *El viento Norte barre la ciudad* 24
6. *Ella sentía hambre* 25
7. *El drama* 34
8. *Cuento verídico* 35

9. *Quién te mando cantar* 49
10. *Medianoche* 51
11. *Yo volveré* 55

12. *Este es mi pueblo* 61

Hay gente que comete insurrecciones inocentes. Yo, por ejemplo, tenía un cuaderno que recogía mis quebrantos, delirios y torpezas. Un pequeño cuaderno que resolvía a mi manera precaria pero fiel unas insurrecciones tontas, tercas, que parecían guardar tinta para rato.

Una noche, unas manos extrañas me lo arrebataron. Tal vez por eso quise volver a tener un cuaderno.

Susy Delgado

A mi hermana Angélica,
desde siempre compinche de mis rebeliones ingenuas, inútiles, pero sobre todo, irrenunciables. Porque ahora que ambas "cincuenteamos" y esta adolescencia irremediable se nos va sazonando dulcemente, ella es hermana y madrina indiscutible de lo que en mi caso, se asume como una modesta rebelión de papel.

Cada uno en su cárcel de palabras
y todos atareados construyendo
la Torre de Babel en comandita.

Octavio Paz

Papeles

1

Buscar el agujero
para decir y no escribir tan sólo.
Para decir
sobrevive la flor
o tengo miedo
o es un asco la mañana
acogotada entre deberes y
pavadas,
tecleos obsesivos,
desesperados
por llenar el diagrama y la nada,
por negar
el vacío apurado,
hastiado,
desahuciado.

Hay un hambre feroz
de Bill Evans
lloviendo despacito,
apaciguándonos el alma,
un hambre de llover,
de ser música pura, lloviendo,
salvada para siempre
de escribir
o intentar
el vano intento
de negar la muerte,
de atrapar
el signo secreto.

2

Es la noche de un viernes
en este intento de ciudad contemporánea,
de sequía y olvido.
Mi hijo está estrenando, entusiasmado,
su "edad de la libertad"
a unos pasos tan sólo
de esta espera de nada.
En tanto, la ciudad va ensayando,
indolente, sus luces lánguidas.
Policías oliendo a colonia barata,
ponen cara de salvar a la patria,
cepillan sus brazales fluorescentes
y otean como yo,
la luces de la espera.

¿Dónde estarán
en esta adolescente ciudad
adormecida de cerveza,
los demonios?
Niñas que sueñan
con un amante
más bello y seductor
que San Gabriel Arcángel;
niños que sueñan
desvirgar siete niñas
a la luz de la luna,
con el aullido de los lobos,
han salido a buscarlos.

Y esos grises agentes,
salvadores de grises entuertos,
sueñan también, quizás,
con sus cuchillos y su fuego.
Sueñan acaso
con ese Dios de las oscuridades
que pueda redimir
su guardia de los viernes
y... —quién sabe—
su gris bolsillo,
su pequeña vida
más gris que el polvo
de este viento Norte
que barre y borra nuestros sueños.

3

Este verde tan verde,
esta humedad profunda
que se nos mete bajo la camisa
y redescubre el frío
adormilado
entre tanto sudor,
son un regalo inesperado,
inmerecido.
Este rumor
de campanillas
anónimas, multitudinarias
y apenas perceptibles
en el sutil parpadeo de las hojas,
es una vieja canción
que nos devuelve y acomoda
insospechadamente
a este día, a este lugar, bajo este cielo.

Esta lluvia tan verde,
tan honda,
que intimida,
paraliza
y nos hamaca los sentidos,
podría adormecernos,
matarnos dulcemente
exactamente aquí
donde todo se va disolviendo
en un concierto
de campanillas apagadas...

4

Trabajar en un diario
es solamente
echar palabras vanas
en una caja de resonancias.

Palabras pobres,
torpes, desarmadas
frente al ruido
o el silencio
que puedan producir.
En esa caja caen,
se quedan algún tiempo y luego pasan,
pasos, latidos, carcajadas,
inviernos y veranos,
ensueños, frustraciones,
tornados, loterías,
golpes de estado,
goles en contra,
revoluciones de película,
contrarrevoluciones con efectos especiales
y rutina refrita y estirada
hasta página entera, si fuere necesario.

Por el tiempo que aguante,
esa caja pequeña y violable recoge
sin discriminaciones ni piedad ni medida,
todo.
Felices nupcias, partos y partidas,
cortes de luz, de humor y de talento,
y eclipses repentinos de galaxias,
Alguna noche con Ruzimatov llegado de los sueños
y algún teléfono capaz de traer los sonidos del cielo
cuando ya los horarios,
la paciencia y el frío vencieron.
Milagros de la virgen,
del café y los diagramas,
riquezas del idioma y del cansancio,
perdidos en quien sabe qué cajones,
miserias de las teclas hacia la medianoche,
amores, desamores,
luces y muertes que no remedia el sobre a fin de mes,
en cabecera si es un día de suerte,
y si no, cinco líneas por lo menos;
color, si el reloj lo permite,
o sólo en blanco y negro.

Sólo una caja gris
de resonancias...
(tal vez sólo una caja de cartón
que a veces sueña ser
un violín arrancando sonrisas
en el rostro ceñudo del día,
con su concierto triste,
sin fe de erratas
ni redención posible...)
Hasta que un día llega un hombre
y se la lleva,
como si fuera una vieja caja de zapatos,
vacía,
sólo una caja de ecos muertos,
al tacho donde duermen
los olvidos.

5

El viento Norte barre la ciudad,
ensuciando veredas, calles,
el aire de este julio
desteñido en un rosa de flores de lapacho
y brumas imprecisas
de otros inviernos que no se atrevieron
a helarnos la esperanza
pero tampoco
a revolucionarse
en alguna soñada primavera.
Con la misma indolencia
que en aquellos inviernos
borrados para siempre de los ojos,
el viento Norte sigue barriendo la ciudad.

Ella sentía hambre al despertar en las mañanas
y sangraba unos días al mes.
Era maestra jardinera,
le gustaba la ropa de un discreto y refinado lujo
y quería pasar las navidades con sus hijos.
Ella era sólo una mujer.

Había amado a un hombre hasta la angustia,
hasta el agotamiento,
y tal vez, empezaba a amar otra vez.
Parió dos hijos, William y Harry,
y peleó por ellos.
Acarició la frente de los enfermos de sida
y de los mutilados de la guerra.
Ella era sólo una mujer.

Un día, sin saberlo,
salvó las pruebas del más duro casting,
creyendo que tan sólo se casaba
con el hombre que amaba,
sintiéndose la princesa de un cuento,
como cualquier mujer.
Los miembros del jurado declararon:
—Es perfecta, desde el celeste de los ojos
y esa elegancia singular en el vestir,
hasta ese no sé qué
de no darse importancia
y de andar
como tragándose una tristeza oculta.
Le hicieron los estudios de mercado,
definición del target group,
test de aromas, prueba piloto,
plan de marketing de corto y largo alcance,
merchandising total, minucioso.
Y los expertos confirmaron
la calidad inobjetable del producto.

Ella no era una hamburguesa,
más, la envasaron con idéntico primor,
promocionada en campaña multimedia,
con profusión de tapas, campañas de beneficencia,
sorteos y torneos,
retratos autografiados
y besos televisados por la megacadena.
Ella era sólo una mujer.

El lanzamiento fue un éxito rotundo.
Las ventas subieron a las nubes,
los ratings reventaron las encuestas
y el trust compró cincuenta bancos.
Entonces dijo el Presidente:
—El éxito mayor se alcanza
si se percibe
el momento preciso.
Este es el momento.
Contrató a los mejores guionistas,
a los más cotizados productores
y técnicos en edición.
Les encargó que trabajaran en el libro
"La princesa que amó hasta la angustia"
y lo desarrollaran
hasta las últimas consecuencias,
of course, con los gastos que sean, pagados.

Ella no era un personaje de telenovela,
pero el trabajo de los creativos y maquilladores
logró el efecto, airosamente
y sin que ella notara la magnitud de la inversión...
Causando apenas su disgusto creciente
—en medido crescendo—
por no poder besar a solas a su novio.

Pero la angustia parecía —al fin—
haberse terminado
y ella quiso redescubrir las calles y la gente,
el color de la vida y el temblor de la sangre.
Cuando creyó que, pese a las miradas indiscretas,
podía amar de nuevo,
ellos lanzaron la operación clave,
con su arsenal de lentes más sofisticadas,
poniendo los scanners a punto
y con tiradas preparadas para batir todos los récords.

Ella no era una hamburguesa
ni un personaje de telenovela.
Ella amaba a sus hijos
y peleó por ellos.
Ella era sólo una mujer.

Con admirable precisión la llevaron
a ese túnel
magistralmente bautizado "Del Alma"...
Medianoche en París, ambientación más que mejor,
color dramático, perfecto,
y en un segundo estruendoso, se cumplió el operativo.
El Director levantó el pulgar con una gran sonrisa
y dijo: —Corten.

7

El drama,
hermano,
es que no nos habían advertido.
Y hoy decimos
qué estafa
no haber sabido que andaríamos
de susto en susto
y de muerte en muerte,
en medio de la vida que pasa a nuestro lado
orillando el temblor y el olvido
con su larga, terrible carcajada.
Qué burla
haber caído aquí
a expensas de esa risa
que nos cala los huesos,
sin el paraguas adecuado.
Estar aquí, contigo,
hermano del azar,
hermano milagroso
acomodado para siempre en mis umbrales,
con todita la piel
abierta a su crueldad,
a lo largo y lo ancho.

8

Cuento verídico con final soñado e inmoral moraleja

En las vidas que tuve,
yo había caído
por, Dios sabe qué viejo pecado original,
a aquel extraño oficio
de producir
la muy dudosa mercancía
de decir,
uniendo letra y letra,
vida y palabra escrita.
Papeles que ingenuamente pretendían
componer un espejo del mundo en su rodar.

Y todo fue sin muchos sobresaltos,
sobre teclas,
entre revoluciones internas y exportadas
que se iban sucediendo
con la misma importancia:
"al pedo", según el inspirado y expirado
comentario
de los alegres habitantes
de aquella mi ciudad.
Hasta que un día,
la ausencia de una crónica que debía dar cuenta
de la bomba estallada sin ruido ni noticia
en una fábrica compadre,
desató la tormenta
en mi tranquila sociedad.

Y entonces fui arrastrada
hasta el temible tribunal
de los Graves Olvidos.
Y unos graves señores
de cara inapelable,
me enviaron, doblada la cerviz,
al inflexible confesor.
Y me sentaron al banquillo
de la vergüenza.

Hinchado en su experiencia
y su sabiduría,
el confesor alimentaba su justicia
con una bolsa de galletas
que alternaba de a ratos
con un grueso cigarro,
mientras la otra mano
empapaba el pañuelo
en un sudor caliente y abundoso,
manado de una idéntica responsabilidad.

Y el confesor me preguntó
cuánto pecados había cometido
en mi última vida.
— Innumerables.
Yo le dije
y al viejito
le temblaron los labios,
y en el descuido,
se le cayó el cigarro en la sotana.
— Pues, empiece a contarlos.
Dijo, medio sin ganas,
e inicié mi relato.
— Mire, yo equivoqué
desde el punto preciso
de dar vuelta al churrasco,
intento vano que se me quemó,
hasta el rumbo debido
de esta novena vida.

Y mientras el Pa'i[1]
acomodaba su cigarro
tragándose saliva y toses,
fui hilvanando torpezas y catástrofes,
resbalones y caídas del catre.
— Mire, yo desprecié —maticé por el medio—
no solamente varios
señores respetables
que me ofrecieron
matrimonio decente y futuro
con orden y progreso,
sino también conchabos
que podían ahorrarle quebrantos
a mi madre
y brindarle a mi hijo
vacaciones en Disney,
cuatriciclones y computadoras
de última generación.
En fin, todos los instrumentos
para que el mita'i[2]
pudiera ser
un hombre de su tiempo,
práctico y exitoso.

---

1 Pa'i: Padre
2 Mita'i: niño

— Siga—. Dijo el togado
secándose el sudor, con cara
de preparar una novena.
Y entonces agregué
los viejos vicios
de enamorarme de los imposibles
en los terrenos del amor, el trabajo,
el invierno y las siestas;
embarradas diversas,
flojedades, alergias
y tropezones varios.

Cuando decía
— He cometido olvidos
imperdonables
en la alacena y en las teclas...
— ¡El de la bomba del supermercado!—
Gritó con cara de triunfo
mi juez fatigado.
Contesté:
— No, Señor.
Ese olvido olvidado
no tuve tiempo de cometer
porque fue solamente
contrarrumor
de contraoposición,
contracampaña de ñe'e rei[3],
como la que tendieron
a esta pobre mujer
sobrevenida escribidora.
Esa bomba soñada,
nunca existió,
fue solamente
literatura.

---

3 Ñe'e rei: habladuría

— Pero ya quedan pocos en la lista—.
Dije al ver al Pa'i
a punto del desmayo.
— Déjeme confesarle
mi más grave pecado:
A veces no he tenido la paciencia
para esperar la primavera próxima.
— Usted no tiene arreglo—.
Gritó, mientras sus venas
saltaban los botones de la negra sotana.
— Tiene razón—. Le contesté.
— Ya lo decía mi abuelita.
Pero, por Dios, no se me ponga así
que no es tan malo
el cometer pecados.
— ¿Cómo?...—
Saltó con su imponente arquitectura
de juez desencajado, colorado
desde esos cachetes tremebundos
hasta los pies, que reventaban las sandalias.

— Muy en serio, le digo—. Contesté desde abajo
con un hilo de voz.
— ¿No sabe usted que el mundo gira
y a veces tiene vueltas increíbles?
Uno de los pecados
más gordos de esa lista
que usted no me ha dejado terminar,
me acarreó
después de alguna noche desvelada,
el hijo más hermoso
que hermosísimas madres,
con pecados y méritos mejores que los míos
han soñado jamás.

— No sé qué penitencia darle.
La echaré de este templo—.
Carraspeó mi confesor,
sacudiendo, impotente, los bigotes y brazos.
— No se preocupe. Yo le dije.
Ya he purgado mis culpas
cuando se me murió una tarde
una flor del jardín,
y otra tarde que estuve
contando a un pobre viejecito
una historia verídica
entrecortada y entredicha en español chae[4],
mientras él escuchaba
un cuento mal armado,
mal parido en francés.

---

4 Chae: vulgar

Y ante su boca abierta, enmudecida,
acertando el momento preciso
por una sola vez,
giré en redondo y terminé:
— No se moleste usted
en mostrarme la puerta.
— ¡No sabe usted lo que se pierde
al dejar este templo!—
Me gritó desde lejos.
— No sabe usted lo que me llevo—.
Le dije, sonriendo, y sin mirar atrás.
— Con la mercadería que he comprado
en esta charla inútil
abriré un almacén
de versos, le prometo.
Versos agradecidos,
de cosechas, muy hondas,
le aseguro.
Nos vemos en la próxima, Pa'i.
Cuídeme a los parientes desubicados
que osan también pecar
sobre o bajo las teclas,
fuera de tiempo y normas.
No debe darme usted
ninguna absolución.
Esta vez me alcanzó la paciencia
y afuera, ya llegó la primavera.

Tres poemas
para Cuba

9

Quién te mandó cantar,
Milanés.
Quién te mandó venir
a este pobre país,
donde por tanto tiempo
sólo cantó de lejos,
pero lejos, muy lejos,
Milanés.
Quién te mandó llenar
la butaca, el estadio,
la noche, el alma y el desvelo,
tan ancho, tan grandote,
tan tremendo,
y quién iba a creerlo,
tan Pablo Milanés.

Quién te mandó volcar
en el aire asunceno
toda la miel del mundo,
todo el amor
hecho sencillamente música,
todo el ritmo caliente
de esa tu Cuba mágica,
sentadito, quietito,
como si nada,
como si todo,
como si apenas,
como si nada menos
cantara Pablo Milanés.
Quién te mandó existir,
quién te mandó tentar
la maravilla
de ser pura ternura,
ser puro canto,
Pablo Milanés.

10

Medianoche.
La Habana tenía
el sabor de un dulce cuchillo.
Medianoche
de promesa y adiós,
en esa noche que no quería irse.
En el balcón,
la ciudad se tendía a mis pies
como una joya humilde, amorosa y doliente,
devuelta música encendida,
tristeza macerada
en alegría pura de tambores.

Y en su música unánime
decía La Habana
que hay que cantar en la vida,
porque la vida es tan corta,
decía.
Entonces yo sentí que ese latido múltiple
sembraba una canción,
para siempre, en mi pecho.
Y supe que a La Habana
vendrán soles distintos,
noches que dejarán
dispares estremecimientos
y ella seguirá cantando.

La violarán piratas,
la preñarán los vientos,
atracarán tornados
en su regazo viejo del Malecón,
y el mar se ha de aplacar en sus caderas.
Le cercarán los cielos,
y enviarán el hambre,
amargarán su azúcar
y secarán su ron,
robarán sus tambores,
prohibirán la danza.

Y ella nacerá de nuevo,
más morena y más joven,
porque la vida es tan corta,
cantando.
Y ella seguirá cantando.
En su Caribe tibio
y en mi recuerdo de cuchillos dulces,
muchacha pobre y cálida,
toda pena y deseo,
la dueña de los soles y las noches,
porque la vida es tan corta,
otra vez vivirá,
otra vez bailará,
cantará, cantará,
cantará.

11

Yo volveré
a buscar otra vez
tu fuego,
Cuba.
Repetiré aquel mágico febrero
que me llevó a tus playas,
paloma adolescente llegada desde el sur,
desorientada,
encandilada sin piedad,
para siempre
rendida, seducida.

Y acamparé bajo tu sol
el tiempo necesario
para beber
toda tu música
de azúcar y latido.
Caminaré
otra vez tus calles
de antigua poesía,
de pobreza,
resuelta puro grito de vida
en los balcones,
estallando en la risa de los niños,
bailando, toda ojos y músculos morenos,
desnuda flor
venciendo a las termitas,
al hambre y al silencio.

Yo buscaré
la casa de Lezama
para empaparme del olor
de sus fantasmas,
y el bar donde bebía
su fiebre impenitente, Hemingway.
El pueblo en que vivía
la cubana más dulce,
Dulce María tibia
aun desde muy lejos.
Y buscaré el color
exuberante de Guillén en los mercados.
Me internaré una tarde
en su más vieja librería
y compraré todos sus libros
para leerlos frente al mar,
mientras la vida pasa
un trecho generoso, a mi costado,
con el sabor de una sal nueva.

Yo volveré
a buscar
tu antiguo fuego
y tu sal nueva,
Cuba.

Mi pueblo

12

Este es mi pueblo,
el que nació en un día
que sólo el sol recuerda
en su memoria esplendorosa.
En una tierra
donde el verde
copulaba incansable, con el rojo
y cuyo cielo
mostraba más estrellas por las noches.
Este es mi pueblo,
el que escuchando el canto de los pájaros,
el rumor de la selva y los ríos,
creó una lengua que habla
toda la escala de ese antiguo paraíso,
milagro florecido
en medio de una tierra inabarcable.

El que escuchó después
otra lengua traída
bajo los signos de un dios desconocido,
y los certeros argumentos de la espada,
el que tras oponer
el pecho virgen
a sus feroces emisarios,
luego de desangrarse
en los dulces recodos de sus campos,
no tuvo más remedio que aprenderla,
o tal vez, fue aprendido por ella.

Este es mi pueblo,
el que desde entonces,
siguió hablando su lengua primera
con la cabeza gacha,
diciendo *Rohayhu*[1],
Che ñembyahýi[2] y *Ñandejára*[3],
en la hamaca escondida del sueño;
al que otorgaron cédula de identidad
en esa lengua extraña
sacralizada por la sangre.
Este es mi pueblo,
al que enseñaron esa vez para siempre,
que el ganador de la batalla
es propietario indiscutible de la razón.

---

1 Rohayhu: te amo
2 Che ñembyahýi: tengo hambre
3 Ñandejára: Dios

Este es mi pueblo,
el que creció entre desangramientos,
a mandioca y a mate,
a sudor derramado en los campos,
a cansancio entregado en el catre,
a esperanza estallando
en el milagro de los algodonales,
a sueño torpe y pobre
acunado al chasquido del tejuruguái[4].

---

4 Tejuruguái: látigo

Este es mi pueblo,
el que anduvo su camino a tientas,
desorientado por el desamparo,
entre crecidas y sequías,
licenciándose en sufrimiento,
doctorándose en hambre,
adulado por aguantador,
galardonado por conformismo,
obsecuencia y genuflexión.

Este es mi pueblo,
al que enseñaron en los templos
una mujer con el rostro de la inocencia
y otra, en la vida,
con el rostro de la frivolidad y la soberbia.
Al que dijeron que la seña inconfundible de la virtud
es el poder,
y el atributo más seductor,
el tamaño de la billetera.
Al que mostraron
en repetidas y costosas campañas,
que lo mejor
es lo que vende en mayor cantidad,
al que nunca advirtieron
que lo barato siempre vende más.

Este es mi pueblo,
La heroica raza guaraní,
la esperanza de la patria,
el estoico pynandi[5],
la madre de las residentas,
el vencedor de la sed,
la bella y graciosa raída potĩ[6].
Al que le cantan en este siglo XX
de internet y de hambre,
sus portentosos e impagables heroísmos pasados,
para que nunca se pregunte
si merece algo más que el laurel.

---

5 Pynandi: descalzo

6 Raída potĩ: mujer humilde pero limpia y acicalada

Este es mi pueblo,
el que suda y trafica su esperanza,
y negocia su desesperanza
a como esté la cotización,
cada día,
en la calle,
en el micro,
en la noche,
en la mugre.
Este es mi pueblo,
el que aprende la ley del más fuerte,
el que corre,
el que roba,
el que pisa,
se acomoda y después
se emborracha hasta caer
al pozo más oscuro del olvido.

Este es mi pueblo,
el que olvidó sus selvas
y su sol,
el acento de sus propios latidos,
el sonido de su propia voz.
Este es mi pueblo,
el que desaprendió sus polcas y sus cuentos,
la textura redonda de sus cántaros,
y el color de su mesa de pobre
que alguna vez conoció el aichejáranga[7].
El que adormece sus angustias
con una música dulzona,
importada y apostada
a los más altos rankings que sostiene la miseria.
El que alardea de un arte onanista,
a la medida de sus ismos
miserables.

---

7 Aichejáranga: pobrecito (expresión de piedad)

Este es mi pueblo,
el que dejó la escuela
para empezar la carrera fulminante
que en un dos por tres alcanza un cuatro por cuatro.
El que hipoteca su salario por el pavo de Navidad,
se desvive por los problemas de Susana
y se suicida por los 15 de la nena.
El que suda sus más profundos sueños
—los ignorados, los insospechados—
detrás de una pelota,
y se muere y renace con ella, mil veces,
aunque sea desde una tele ajena.

Este es mi pueblo,
el que admira al que tiene,
el que envidia al que puede
y desprecia al que es.
El que detesta a los ancianos,
no tolera a los niños,
ignora a los indígenas
y a los pobres como él.
El que se jacta de tener
el mejor país del mundo
donde todo está tranquilo y al pelo,
mientras el agua ya le llega al cogote,
mientras su vida y su país se van volviendo
puro barro.

Este es mi pueblo,
el que negocia su conciencia
por cierta "vocación de poder"
que mueve las montañas, endereza tornados
y hace llover del cielo todas las bendiciones.
El que ha envejecido
a orillas de un 2000 que dicen, traerá
la salvación tecnológica a todos los males,
sin chance y sin remedio,
de no poder
con el salario,
con los hijos,
con el tiempo que vuela,
con la crisis,
con el typói[8] y la computadora,
con los pobres y con los ricos,
con la política y la soledad.

---

8 Typói: blusa típica paraguaya

Este es mi pueblo,
el que pare a sus hijos
porque el amor y el aire se regalan,
y los echa a las calles,
a la de Dios que es grande,
y que Dios les provea,
porque si no consiguen que provea,
ligarán el chicote por la noche.
Porque si no provee,
los venderá por la mañana,
antes de que se les ocurra
pedir el desayuno.

Este es mi pueblo,
el que se atreve a ser,
aunque a veces también agoniza
como la flor que se enfrentó a la aplanadora.
El que se atreve a amar
y a poner otra vez el pecho
por una causa que ya no está de moda.
El que se atreve a recordar,
a creer y a crear
tercamente, cada día.

Este es mi pueblo.
El niño de la calle.
La puta de Cuatro Mojones.
El truhán de frontera.
El médico del interior.
La puta 5 estrellas.
El mutilador de los bosques.
El torturador que duerme sus culpas rodeado de santos.
La madre cuyos hijos enterraron en vida.
La que abortó a todos sus hijos.
El caballo loco.
El objetor de conciencia.
El ex-combatiente que vende su sueldito para comer hoy.
El violador.
La violada.

El sacerdote de los presos.
El cara-pintada.
El pyrague[9] aggiornado.
El tembiguái[10] democratizado.
El artista mentiroso.
El artista sincero.
El traficante de la muerte encapsulada o en cuentagotas.
La maestra que enseña bajo el mango.
El que conoce la felicidad de la cola de zapatero.
El que conoce la felicidad de los cruceros del Caribe.
El soldado que se hace hombre a patadas.
El que hace patria a patadas.
El arruinado[11] que alguna vez soñó
con una patria sin patadas.
El výro[12] que alguna vez soñó
con una patria dulce,
una capuera ancha en la que encuentren
igual sombra y sustento, todos sus hijos.
El atrevido, el loco que sueña todavía alguna vez
que sus hijos serán buenos mañana.

---

9 Pyrague: delator, espía
10 Tembiguái: sirviente, mandado (para trabajos inmorales)
11 Arruinado: en acepción del castellano paraguayo, débil, cobarde
12 Výro: tonto

Este es mi pueblo,
al que loaron
y alabaron
a la hora de usarlo.
Desde siempre
estafado,
burlado,
desterrado
desde toda su historia
de su propio destino.
El que amanece todavía
contra la historia,
en una tierra donde el verde copula,
sufrido y persistente, con el rojo,
y cuyo cielo guarda contra el tiempo,
infinitas estrellas...

Se terminó de imprimir
en junio de 1998, en
QR Producciones Gráficas
Tte. Fariña 1074 c/ Brasil
Telefax: 214 295
Asunción, Paraguay

Sobre la autora

Periodista y escritora bilingüe, Susy Delgado dirige actualmente el área cultural del diario La Nación y tiene en su haber cinco libros publicados anteriormente: *"Algún extraviado temblor"*, Editorial El Lector, 1985; *"Tesarái mboyve"* (Antes del olvido), edición bilingüe con traducción de Jacobo Rauskin y Carlos Villagra Marsal, Editorial Alcándara, 1987; *"El patio de los duendes"*, Editorial Arandurã, 1991; *"Tataypype"* (Junto al fuego), edición bilingüe con traducción de la misma autora, Editorial Arandurã, 1992; *"Sobre el beso del viento"*, Editorial Arandurã, 1995.

La autora ha obtenido algunos premios en el país y accedió al lugar de primera finalista en el Concurso de Literaturas Indígenas de Casa de las Américas, Cuba en 1991. Su obra está incluida en diversas antologías extranjeras. Ha presentado ponencias sobre lengua y literatura en guaraní en diversos encuentros internacionales.

EDICIONES ECOLUNE MIMBIPA

ARANDURÃ EDITORIAL